

UN DÍA PRODIGIOSO EN LAS VIDAS DE GIZÚ Y DE ZIGÚ. Leonardo Sevilla

Un domingo de invierno Gizú estaba junto a la ventana de la sala de estar, en el departamento en el que vivía con su dueña y protectora. El gato pardo cuya piel parecía la de un pequeño tigre, veía cómo nevaba copiosamente en el jardín de enfrente. Gizú estaba bastante deprimido por la oscuridad y el frío que hacían en Abedulia. Nada parecía estimularlo, a pesar de los cuidados y los mimos de Marju, su madre adoptiva. Ésta adoraba la independencia de Gizú, a quien le gustaba estar tranquilo en casa. Pero como sabía que a su adorado gato le encantaba ser lo más libre posible, le hizo una pequeña puerta a través de la cual su mascota salía y entraba cuando le daba la gana. Esa tarde de enero Gizú recordaba con nostalgia, como si hubieran transcurrido ya varios años, que en el verano había pasado días inolvidables en sus andanzas solitarias por el bosque, los jardines y tejados vecinos. Acababa de comer con un enorme apetito, y le dio pereza enfrentarse al tremendo frío que hacía a la intemperie. Optó por tomar una plácida siesta y, sin sospecharlo siquiera, Gizú vio asombrado o se imaginó que el sol surgía con un esplendor casi increíble después de 34 días de ausencia. Su sorpresa creció cuando

una atractiva gata blanca apareció caminando con una gracia, una belleza y una sensualidad extraordinarias sobre la límpida nieve. Le pareció increíble que esa figura sobresaliera en medio del crepúsculo, como si él permaneciera dentro de la atmósfera etérea y placentera del sueño.

La melancolía y la apatía de Gizú fueron desapareciendo conforme su cuerpo recuperaba la presencia de su alma y se puso de pie. Ante su propio asombro, tuvo la certeza o la ilusión de cruzar de un salto fantástico el cristal de la ventana. De pronto se imaginó que él se había vuelto invisible, ligero y volátil para poder cumplir sus deseos. Y, como por arte de magia, se encontró junto a una hermosa gata de ojos azules, que a su vez se deslumbró ante la repentina e irresistible presencia de ese gato de ojos con tonos verdes y amarillos. En ese instante tuvieron la sensación de que un amor insólito brotaba entre los dos, el cual duraría más allá de la muerte. Y, ante aquel encuentro tan inesperado y fabuloso, Gizú de nuevo fue feliz. Lo más fascinante para él resultó que el supuesto delirio onírico era la más pura, sencilla y maravillosa realidad. Asimismo, la cautivadora gata blanca tuvo la estremecedora impresión de que se despertaba en el flujo gozoso de un sueño largamente añorado por ella en la vigilia.